

# Problemas de Prehistoria Griega

*por*

*Genaro Godoy*

Cuando se enseña historia griega, después de hablar de los orígenes del pueblo griego, de Homero y su famosa cuestión, el profesor suele anunciar que seguirá su curso tratando el primer hecho de esa historia, esa diáspora mediterránea que comienza en el siglo VIII a. C., termina a mediados del siglo VI, y que comúnmente se conoce como la colonización griega.

Hay autores que llaman a ésta la segunda colonización griega, reputando ser la primera aquel movimiento migratorio que llevó a los griegos a establecerse en el Asia Menor. Sin embargo, aunque se acepte la existencia de esta primera migración como un hecho separado del establecimiento de los pueblos griegos en la península a que después dieron su nombre —y se debe aceptarla— no es fuerza considerarla como un hecho histórico propiamente tal, pues carecemos, con respecto a ella, de toda documentación real. Lo único que sabemos —o sabíamos— positivamente es —o era— que en los albores de la historia encontramos a los griegos establecidos firmemente en la península, esto es, en el continente europeo, y en forma superficial en los bordes asiáticos del Mediterráneo egeo, además de las islas de ese mismo mar, incluyendo a Creta. Ignoramos cómo, cuándo y en qué orden llegaron a una u otra parte las diferentes estirpes griegas.

Se consideraba que la presencia de estirpes griegas en la isla de Creta era un hecho reciente. No había mayores pruebas de que los

griegos allí presentes hubiesen llegado en una u otra época, pero no parece que se dudara de que su llegada era cosa más bien reciente, y al hecho no se le asignaba, por lo demás, mayor importancia.

Por mucho tiempo no hubo preocupaciones acerca del pasado cultural de Creta. Era cierto que en la *Odisea*, xix, 172 y ss., se recordaba la belleza y la fertilidad de la isla, sus noventa ciudades, la grandeza de Cnosos, las danzas de las doncellas en la explanada y otras cosas más. Todo ésto fue considerado y puesto al mismo nivel de las apariciones de Venus o de Marte, entre los combatientes, fantasías de poeta que se pueden admirar, pero que no hay para qué tomar muy en serio.

Sin embargo, las tomó en serio Schliemann, y en premio de su fe se ganó el descubrimiento más ruidoso hecho hasta entonces en el campo de la arqueología, las llamadas ruinas de Troya. Si ésta es Troya —se dijo el descubridor— y no hubo argumentos que destruyeran su renovada fe en Homero, los poemas homéricos dejan de ser obra sólo de la fantasía y se convierten en un documento histórico. El próximo paso sería la búsqueda de Micenas, más fácil y menos sujeta a objeciones porque su emplazamiento era bien conocido.

El razonamiento era erróneo, pues partía de una premisa falsa —las ruinas descubiertas en el Asia Menor no eran forzosamente las de Troya—, pero la consecuencia resultó verdadera, y Schliemann consiguió su segunda estruendosa victoria, el descubrimiento de las llamadas tumbas reales, con sus armas y arreos, y aquellas estupendas máscaras de oro repujado, cuyas reproducciones fotográficas han dado la vuelta al mundo. La Micenas rica y heroica no era una invención de Homero. Había sido una inmensa realidad histórica. Y Schliemann siguió persiguiendo sus quimeras que se convertían en alucinantes realidades.

El no se había formado como arqueólogo en ninguna universidad, pero tenía en exceso aquello que Salamanca no presta, instin-

to seguro de arqueólogo que presiente lo que está oculto en el terreno. Si Troya había sido una indiscutible verdad —y Schliemann seguía creyendo que Hissarlik era Troya—, y si Micenas había vuelto a la luz desde su oscuridad milenaria que la había ocultado a las miradas de los mismos griegos de la época clásica, bien podía valer la pena hurgar en Creta, en aquellas antiguas piedras que asomaban su cara carcomida por entre los viñedos y los olivares.

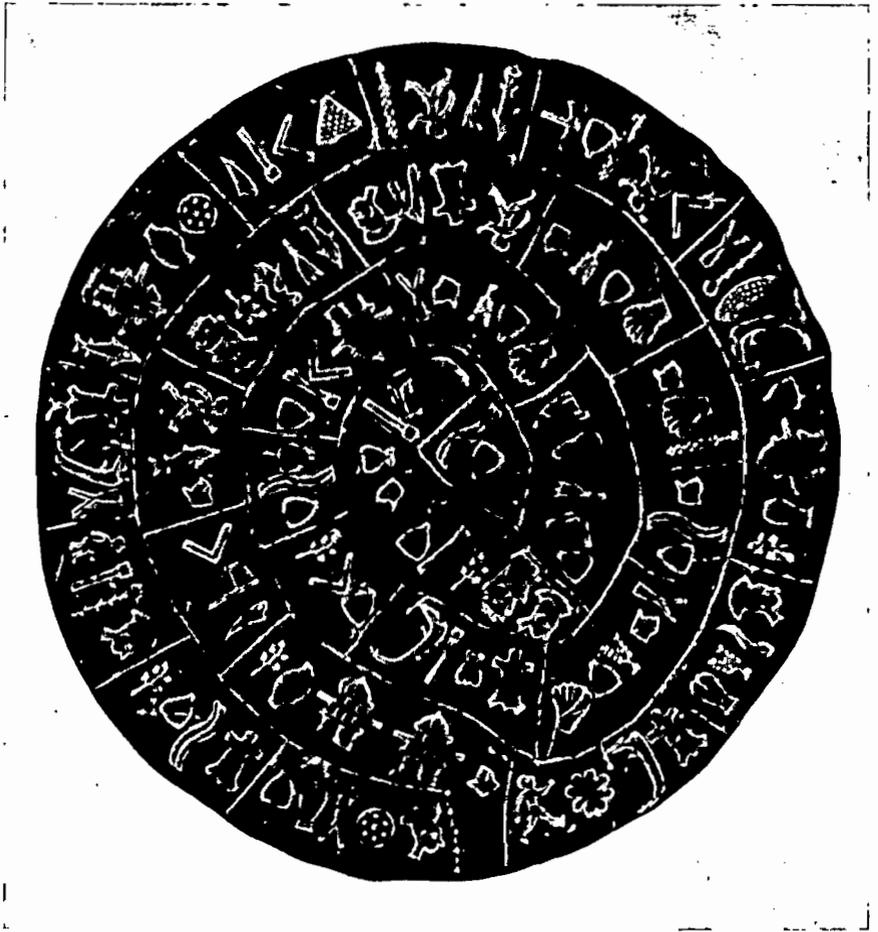
Schliemann no excavó en Creta, sin embargo. Y se ahorró un chasco. En Creta se vio que había habido casi tantas como las noventa ciudades de que hablaba el viejo Homero, que allí había estado el asiento de una civilización espléndida y refinada, pero alguien se había llevado el oro. Ahora quedaba confirmada no sólo la verdad de Homero, sino también la tradición recordada por Tucídides. El reinado mítico de Minos, el Minotauro y el mito de Teseo, tenían allí su primera sombra de prueba. También estaba allí el antecedente necesario del llamado milagro griego. En otros tiempos habían sido los cretenses los agentes más enérgicos para acelerar el proceso de civilización de los griegos.

Todas estas suposiciones eran substancialmente correctas, pero afirmaron hasta nuestro días la creencia errónea de que los cretenses habían sido siempre dueños de la Grecia continental, o por lo menos, de su franja costera, mientras duró su poderío, y que nunca los griegos habían puesto pie en la isla. Las estirpes griegas que se encontraban en Creta en época histórica habían llegado allí después de la aniquilación o del desaparecimiento del poderío cretense; pero nadie pensó en averiguar cuándo y cómo había podido suceder esto.

Entre el abundante material que las excavaciones cretenses conducidas por varias misiones arqueológicas, de las cuales principal fue la inglesa, que contaba con mayores medios económicos, pues su jefe, Arthur Evans, invirtió allí parte de sus cuantiosas rentas, ya habían llamado la atención ciertas pequeñas piedras grabadas



EL PALACIO DE KNOSSOS



EL DISCO DE PHAISTOS  
Escritura jeroglífica en espiral, después de 1600 a. c.

con extraños signos que aparentaban ser una escritura y a las cuales las mujeres del lugar atribuían sobrenaturales cualidades.

Estas piedras y su más extraña escritura constituían para Evans el principal motivo de atracción. Más que arqueólogo éste era filólogo y hasta entonces se había interesado por escrituras antiguas, y las dos escrituras que se encontraban en Creta, y que fueron bautizadas como lineal A y lineal B, representaban un desafío. Por allí comenzó su labor que había de llevarlo tan lejos, pero hacia una meta diferente; renunció a descifrar las escrituras y se apasionó por el estudio de la cultura y la civilización cretense.

Dos principios quedaron bien a firme: Creta había dominado sobre la Grecia prehistórica, pero nunca el continente había tenido dominio sobre la isla. La civilización de Micenas dependía de la cretense, y las escrituras que se encontraban en la isla nada tenían que ver con el griego. Esta última creencia iba a retardar considerablemente, debido al inmenso prestigio de Evans, el desciframiento de las escrituras.

Quienes emprendían la tarea de descifrarlas partían de una premisa que hasta entonces había resultado ser verdadera, la necesidad de contar con, por lo menos, una inscripción bilingüe para tener una base de partida, aunque fuera modesta. Así se habían descifrado los jeroglíficos egipcios y ésta había seguido la técnica tradicional. Aquí no se disponía de este testimonio que se creía indispensable y, para colmo de males, la lengua de las inscripciones era totalmente desconocida.

No fue nunca muy claro el razonamiento en virtud del cual la lengua de las tablillas debía ser una lengua desconocida, dado que las mismas no habían sido descifradas, pero lo había dicho el maestro, y todos estaban de acuerdo en que la instalación de los griegos en Creta era cosa reciente y nada tenía que ver con la época de oro de la civilización cretense. Prejuicio funesto y que retrasó considerablemente el desciframiento.

Muchos siguieron trabajando en las tablillas, que entretanto iban apareciendo en varios lugares, incluso de la Grecia continental. Este último hallazgo habría debido abrir los ojos a todos, pero para salvar la verdad del que hemos llamado prejuicio funesto, se llegó a decir que las tablillas que se encontraban en Grecia debían de haber formado parte del botín de alguna expedición micénica a Creta.

Finalmente, un aficionado, ni historiador, ni arqueólogo, ni filólogo de profesión, sólo un aficionado genial, dio con la clave, el arquitecto inglés Michael Ventris, y lo consiguió cuando rendido ante la evidencia de los hechos se decidió a considerar los textos de la lineal B, como escritos en griego, un griego arcaico cuanto se quiera, pero griego al fin.

El desciframiento estaba por su misma naturaleza destinado a tener amplia resonancia y muchas consecuencias. De la primera da testimonio un interesante y agradable libro de John Chadwick, colaborador en la última parte de su tarea del genial descifrador, que falleció trágicamente poco después. El libro, *Decipherment of linear B*, ha sido traducido a muchos idiomas, y últimamente, ha visto la luz en versión española bajo el título *El misterio micénico*.

Veamos ahora las consecuencias. El primer hecho seguro y documentado de la historia griega ya no era más la colonización del siglo VIII, sino la conquista de Creta por los griegos en un año imprecisado del siglo XV a. C. La historia de la lengua griega adquiría un nuevo capítulo, todavía no muy amplio, pero sumamente interesante, el griego micénico. Homero perdía gran parte de su valor como único documento para el conocimiento del mundo griego más antiguo. El problema de la llegada de los griegos a su *habitat* definitivo recibía nueva luz, por el hecho de comprobarse una efectiva unidad lingüística de los griegos apenas comenzada la segunda mitad del segundo milenio, de lo que daban fe las tablillas con escritura lineal B encontradas en diferentes partes del mundo grie-

go. Parecía necesario, además, un reajuste de los primeros capítulos de la historia de los pueblos griegos.

Artículos sobre el argumento se han escrito ya muchos desde que se hizo pública la hazaña de Ventris, coadyuvado por Chadwick en su última parte, y continuado por el mismo después de la muerte del primero, lo que está de acuerdo con la forma en que aparece actualmente la producción científica<sup>1</sup>. Sin embargo, para todos y no sólo para nosotros, era necesaria una recapitulación general y un examen del estado del problema. En el XI Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en Estocolmo, entre los días 21 y 28 de agosto de 1960, el arqueólogo estadounidense, Mr. Sterling Dow, leyó su ponencia "The Greeks in the Bronze Age", que venía a llenar, o trataba de llenar, la necesidad a que hemos aludido<sup>2</sup>.

El relator, en nota puesta al pie de la primera página del texto impreso, advierte algo que nos ha dejado perplejos, el hecho de que hasta entonces (1960), de los treinta y un artículos publicados, sólo "a very few contain any attempt at historical understanding", y agrega una cita textual de uno de los articulistas referidos: "Greeks in Knossos before 1.400 are still something of an embarrassment". La ponencia que comentaremos en algunos de sus aspectos contiene varias aseveraciones que nos dejan muy dubitativos, como veremos más adelante, y nada nos habría agradado más que reproducir la discusión que debe de haber seguido a la ponencia. Desafortunadamente no contamos con ella y tendremos que sentirnos solos al exponer nuestras dudas.

<sup>1</sup>No ha habido cambios en los manuales, que yo sepa, por lo menos en aquellos editados en España que me ha tocado hojear en las librerías. Bien es cierto que la mayor parte de las publicaciones originales sobre el tema ven la luz en idioma inglés, y los libreros no las encargan espontáneamente. Los que residimos en esta angosta y larga faja de tierra padecemos de crónica falta de información reciente.

<sup>2</sup>Debo a la exquisita cortesía del prof. MARIO GÓNGORA DEL CAMPO la posibilidad de haber consultado por tiempo indefinido tan preciosa publicación.

Al hacer el recuento de los núcleos de población llegados a Grecia al fin de las migraciones, Mr. Dow, afirma, que éstos fueron, finalmente cuatro, dos no griegos y dos griegos. No aclara si ha tenido presente un criterio estrictamente lingüístico para hacer esta aseveración o no. En seguida, repite una afirmación que muy por el contrario de lo que él dice, está sujeta a fuerte discusión: "About . . . the Dorians, there is no question: they were the fourth and last to arrive. Their impact spread itself. . . , both before and after 1.100 B. C. . .".

Mr. Dow, demuestra así, que también en arqueología los estadounidenses son conservadores, porque la teoría de la migración dórica, que debería colocarse entre los siglos XII y XI a. C., según la opinión de eminentes estudiosos, debe ser relegada al mundo de la fábula. Y no importa que sea muy antigua y que ya la conocieran los grandes historiadores griegos del siglo V.

El relato tradicional decía que los beotas de Arne, expulsados de sus tierras por los tesalos invadieron la tierra que de ellos tomaría su nombre, la Beocia, sometiendo a sus primitivos habitantes, los cadmeos. Nuevamente los tesalos invadían la Estieótida, donde se hallaban establecidos los dorios llegados allí desde la Ftiótida y que se habrían ido a establecer a la región que de ellos tomaría su nombre, la Dórida. De aquí, en una época que los antiguos calculaban entre los siglos XI y XII a. C., guiados por los descendientes de Hércules o Heracles, habían regresado, después de tanto vagar a su patria original, el Peloponeso. Esta es en síntesis la tradición relativa a la "migración dórica" o "regreso de los Heráclidas".

Este mito tan complicado no sólo fue aceptado por los antiguos, pues, les proporcionaba un semblante de explicación para el complicadísimo panorama dialectal de la Grecia clásica, sino que la misma ciencia moderna, que con tanto énfasis le reprocha a Heródoto, el ser un mero cantor de leyendas, lo aceptó. Y cuando se produjo el descubrimiento de la cultura micenea, vio en la invasión dóri-

ca la explicación ideal de su misterioso fin. Porque era verdad que la civilización micenea, entre los siglos X y IX a. C., había dejado de existir como unidad creadora. Sólo la invasión doria podría ser la culpable de este asesinato. Se dejaban a un lado los detalles increíbles para un moderno, como los "descendientes de Hércules"; no se reparaba en la absurdidad de que la minúscula Dórida hubiese podido suministrar guerreros en número suficiente para subyugar a la poderosa Micenas; tampoco se reparaba en que Homero nada sabía del "regreso de los Heráclidas"; no se reparaba tampoco en que transformaciones de un corte parecido a las de la civilización micénica se observaban también en el Atica —en su cerámica—, que no obstante, había ignorado, según el mito la "invasión dórica".

De acuerdo con el mito de la invasión dórica, los lingüistas de entre 1890 y 1930, imaginaban que la primera estirpe griega que había penetrado en Grecia habían sido los árcades, apellidados antiguos aqueos para la ocasión, y que en este cuadro se habrían insertado violentamente los dorios para ocupar la mayor parte del Peloponeso.

Los modernos, en cambio, creen que la variedad del cuadro lingüístico de la Grecia antigua se debe, tal vez, única y exclusivamente a la presión ejercida desde el norte por estirpes ilíricas que habrían obligado a dorios y beotas a establecerse en las sedes en que los encontramos en época histórica, y a los jónicos a pasar al Asia Menor, dejando a un cierto número de los suyos establecidos en el Atica, que quedaba fuera de la ruta seguida por estos desplazamientos.

Esta última explicación no recurre a las inmigraciones sucesivas para explicar las diferencias lingüísticas que, por otra parte, no habrían sido importadas a la península, sino que, por el contrario, se habrían producido dentro de la misma península. Si los dorios hubiesen penetrado en Grecia en época posterior a las demás estirpes, esto habría debido suceder por haber quedado ellos rezaga-

dos en el camino, permaneciendo aislados en medio de estirpes alloglosas, consiguientemente, su dialecto habría debido presentar caracteres de arcaísmo y de heterogeneidad lingüística, respecto a los otros dialectos griegos, que, en realidad, no presentan.

Agréguese el hecho de que todos los dialectos griegos, en general, y no uno solo de ellos en particular, presentan caracteres de arcaísmo, respecto a otras leguas arioeuropeas, indicio de largo aislamiento y permanencia en común, según ya se dijo.

Por el camino de los estudios lingüísticos ya había quedado demostrado lo erróneo de la hermandad que se creyó haber existido entre el griego y el latín, y que hizo nacer las cátedras de historia comparada del latín y del griego, u obras como el famoso "Traité", de Meillet y Vendryès. Hoy las universidades han reemplazado la antigua historia comparada por una cátedra de lingüística indoeuropea, y nadie escribe gramáticas, ni historias comparadas de ambos idiomas.

También los arqueólogos cooperaron con sus buenas paladas de tierra a sepultar el mito de la invasión violenta, demostrando que el arte miceneo se transforma gradualmente, sin solución de continuidad, en el arte geométrico, y, cosa sumamente significativa, esta evolución gradual es la misma que se observa en el Atica, donde la abundancia de restos de alfarería es impresionante. Y donde nunca pudo haber invasión dórica.

El desciframiento de las tablillas escritas en lineal B ha venido a demostrar, junto con lo correcto de muchas hipótesis y los buenos fundamentos de algunas etimologías propuestas, como la de "anthropos", que la unidad lingüística de Grecia en el siglo xv, era mucho mayor de lo que nunca hubiéramos podido imaginar. Y ahora, Mr. Dow, en un congreso internacional, nos dice con la mejor de sus sonrisas que "about the Dorians. . . there is no question". Y como que la hay. . .

La exposición a que nos venimos refiriendo comienza desde el mente. Es verdad que hay muchas divergencias que van desde el

paleolítico hasta no hace mucho resultaba desconocido en Grecia —cosa bastante difícil de creer—, pero la verdad es que no habían testimonios seguros de su presencia. Las razones para explicar su ausencia son dos: o el hombre paleolítico nunca se estableció en Grecia, y esto es lo que parece indicar la ausencia de restos, o la escasez de lugares apropiados para el estancamiento de la especie humana ha conspirado para la permanencia de estos testimonios. Hay que guardarse de caer en la tentación de generalizar para otros países lo que sabemos de la Francia feliz, rica y abundante en estaciones del hombre primitivo, porque allí siempre han abundado los lugares propicios para que el hombre se establezca. En Grecia estos lugares no son tan abundantes y es posible, así, que las oleadas humanas del neolítico o de los períodos sucesivos se hayan establecido sobre las antiguas estaciones borrando sus huellas. Todavía hoy la Atenas prehistórica o la Corinto arcaica están ocultas bajo los restos clásicos, sagrados intocables.

Durante excavaciones hechas por motivos bélicos en Beocia durante la 11 Guerra Mundial se creyó encontrar huellas del paleolítico. Mr. Dow en su informe no hace alusión a estas excavaciones o a otras, y como el cuadro que da es bastante completo, debemos creer que él participa de la creencia en la ausencia total del paleolítico en la península griega.

Nada se sabe acerca de la pertenencia étnica de los hombres del neolítico griego. Mr. Dow repite la afirmación corriente de que el neolítico de Grecia es diferente del cretense, y no hay dificultad en estar de acuerdo con él. Que vinieron del norte por tierra. De acuerdo. Nada sabemos de su lengua ni tampoco si alguno de los nombres geográficos de Grecia remonta hasta esas poblaciones, cosa muy posible, pero no demostrable.

Para dar la fecha del fin del neolítico y del comienzo del Heládico I, hace Mr. Dow una afirmación que no se puede dejar pasar sin observaciones. En un cuadrado insertado en la pág. 4 sitúa el comienzo del Heládico I y comienzo de la edad del bronce en el

año 3000, cosa que contrasta esta vez con lo que se acepta comúnmente. Es verdad que hay muchas divergencias que van desde el 3100 hasta el 2400 —y Dow lo recuerda en nota—, pero no parece prudente anticipar el fin del neolítico en Grecia, que por consenso general se hace durar hasta la mitad del III milenio.

Con el Heládico I aparece en Grecia otra población que se suele denominar anatólica. Esta civilización heládica corresponde en cierta medida al Minoico I de la isla de Creta, aunque es más pobre, y más especialmente al Cicládico I o civilización de las islas.

Si los hombres del neolítico llegaron por tierra, los del Heládico lo hicieron probablemente por mar, y se establecieron en las islas, además de hacerlo en el continente. Razón determinante para llamarlos anatólicos es la presencia de nombres comunes, que no son indoeuropeos, en Creta, Grecia y Anatolia. Se trata de los nombres terminados en *-inthos* y en *-issos*.

Mr. Dow adhiere, y en esto sigue el parecer general, a esta denominación; pero cabría advertir que la presencia de los llamados nombres anatólicos no es argumento definitivo y excluyente para asegurar la presencia de estas estirpes en el Heládico I, porque bien pueden ser préstamos culturales del Cicládico, que también los usó. De aquí en adelante, y en relación con este mismo tema, se presenta para el historiador un difícil problema, el de la interpretación histórica de los diferentes estratos y sus relaciones recíprocas, y Mr. Dow no ignora el problema.

La presencia y dominio de las estirpes llamadas anatólicas en Grecia, cubre todo el Heládico I. Después aparece una estirpe nueva, que, por no registrarse con posterioridad la aparición de ninguna otra, debemos considerar como griega.

También los presuntos griegos llegaron como los llamados anatolios; a veces como belicosos invasores y otras como pacíficos nuevos ocupantes. Debe de haberse producido convivencia entre los recién llegados y los antiguos ocupantes, hecho atestiguado por la supervivencia de nombres geográficos y de plantas y cosas. A este

respecto, Mr. Dow recuerda la gran facilidad que hay para hacer falsas deducciones en materia de préstamos culturales. Y nosotros suscribimos la advertencia.

El progreso técnico y social parece indudable, de todas maneras. Aparecen tumbas individuales en lugar de las colectivas, lo que bien podría indicar mayor desarrollo económico y mayor diferenciación de clases sociales. La cerámica es la mejor conocida hasta entonces en Grecia, las ciudades son más amplias. También las casas. El palacio, si damos este nombre a la construcción mayor de la ciudad, parece haber ocupado una posición dominante, con tiendas artesanas apegadas a él y grandes bodegas a lo largo de la muralla exterior.

La ciudad de esta época es bastante grande, unas 320 casas en Malthi. A este respecto, Mr. Dow, en una afirmación que debe ser suya porque no trae referencias y que me parece interesante, nos dice que aquí se encuentra por primera vez en suelo griego la característica combinación micénica de manufacturas, almacenes e instalaciones militares, característica también de Creta, en la que el palacio tiene todas las trazas de ser el ente director al cual convergen las utilidades.

Del Heládico II o medio, el informe pasa a hablar de la Talasocracia cretense, tan llevada y traída por todos, y que de todos los períodos de la protohistoria griega es, sin lugar a dudas, el más interesante y enigmático junto con el Micénico. La influencia de la civilización cretense sobre el proceso cultural griego no puede ser exagerada y existen dos teorías diametralmente opuestas para explicarla: o fueron los cretenses quienes conquistaron y colonizaron la Grecia más antigua, o fueron los miceneos quienes conquistaron la isla o, por lo menos, hacían en ella frecuentes incursiones.

La primera teoría, que es la más verosímil, no parece ser, a pesar de todo, capaz de explicar por entero la autonomía cultural que Micenas muestra con respecto a Creta. La forma de los respectivos

palacios es muy diferente, amurallado, fortificado y unitario el micénico, abierto, sin defensas y extenso el minoico. En Micenas, la mujer parece haber estado en esa misma condición de sujeción en que la encontramos en el mundo griego clásico, mientras en Creta goza de mucha libertad y consideración.

Las etapas que el informe enumera para dar cuenta del desarrollo histórico de los palacios cretenses, y de Cnosos en particular, siguen el mismo orden conocido generalmente. Cnosos se desarrolla lentamente al comienzo; en el Minoico Medio II, esto es en la primera mitad del segundo milenio a. C. parece haberse producido conjuntamente un aumento de la extensión territorial dominada por Cnosos y un aumento de su poderío militar, aunque no en la misma medida. En el Minoico Tardío I, el palacio adquiere su mayor desarrollo, y al mismo tiempo el poder del rey se extiende al exterior. Se puede pensar, aunque la inferencia no es obligada, que Cnosos puede haber destruido Malía en esa época. La otra ciudad, Festo, parece haber tenido que aceptar un régimen de coexistencia. A esta época debe corresponder también el desarrollo de un verdadero sistema de caminos.

Entre los años 1600 y 1500 a. C., entre fines del Heládico I y el Minoico Tardío I, la influencia de Creta sobre la península debe de haber sido continua y ascendiente. Es lo que demuestran las famosas tumbas de Micenas. La penetración de ambas culturas es tan grande, que a menudo es imposible decir si un objeto encontrado en el continente ha sido importado directamente desde la isla o fabricado en la península por un artífice cretense o por uno peninsular formado en la isla. Es algo parecido a lo que sucederá en Etruria muchos siglos después, pero con imitación de lo griego esta vez.

Con esta época y esta influencia debe relacionarse la figura mítica de Minos, el único nombre que ha perforado la oscuridad de la Edad Media griega para llegar hasta la época clásica. Mr. Dow recuerda las dudas que asaltan a la crítica moderna frente a este

nombre, la incertidumbre de que pueda tratarse del vocablo que designa al rey, o el nombre de un rey famoso que puede haber impuesto un nombre tradicional a sus sucesores, como sucedió en Egipto con el nombre de Faraón, o en Roma con el de César, identificado hasta por Jesucristo con el estado político.

La parte siguiente del informe no expresa aparentemente dudas acerca de la existencia de la llamada talasocracia cretense. En realidad, se limita a observaciones tan vagas como: "we can imagine. . .", "certainly. . ." y verbos muy condicionales como: "it would not take long. . .", "the next step would be. . .", etc. Y no podía ser de otra manera, por tratarse de un tema puramente conjetural y no de los más sujetos a discusión.

Hay autores que se niegan rotundamente a aceptar su existencia y prefieren seguir a Heródoto, que la ignoró, antes que a Tucídides que, más que Heródoto —a quien tanto censura— prestó fe a ésta y a otras leyendas. En efecto, no es muy difícil creer que Tucídides haya proyectado hacia el pasado la imagen que él mismo tenía del imperialismo ateniense.

Hoy, más que en un imperio y en una verdadera talasocracia minoica, se piensa en una vasta zona de influencia comercial alternada con zonas donde se pueden haber cobrado tributos.

Anteriormente, Mr. Dow hace un recuerdo incidental del mito de Teseo, del rescate por éste del odioso tributo de jóvenes y doncellas pagado por Atenas al Minotauro. Nada habría que objetar mientras no se tratara de sacar de ahí deducciones trascendentales, y no se buscara el modo de configurar a Teseo como un héroe netamente ateniense, porque es sabido que el mito, igual que otros, más parece ser un mito tesalo trasplantado a Atenas que uno propiamente ateniense. Además, y esto se ha dicho otras veces, hay tantos héroes y rufianes verdaderos en la historia de Grecia que no hay necesidad de ir a buscar uno de novela.

La conquista y ocupación de Creta por los griegos en una fecha imprecisada es cosa de la que ya no parece lícito dudar. Pero se

puede y se debe dudar de que Atenas haya tenido algo que ver en esta invasión. Atenas es la última llegada, la "parvenue" de la historia de los pueblos griegos. Su gran tradición se debe al desarrollo alcanzado en todos los campos durante el siglo v, después de su señalada participación en las guerras persianas. Es bien sabido que hasta los versos de los poemas homéricos que hablan de Atenas tienen todas las trazas de ser interpolaciones tardías, y son tenidos por tales. No se ve, entonces, la razón de recordar a Atenas en compañía de Micenas en la conquista de Creta y en la destrucción de su poderío. La misma presencia de Micenas en la empresa es una mera conjetura.

Nadie sabe, ni tal vez sabrá nunca tampoco, quién destruyó los palacios de Creta. Y hay más: ni siquiera sabemos si hay una relación obligada entre la invasión aquea —que es indudable después del desciframiento de las tablillas— y la destrucción. Hablar, por consiguiente, como hace el informe de "One April day when there was a brisk wind blowing", cómo del día de la destrucción del palacio de Cnosos, no parece una cosa seria.

Resumiendo y para terminar:

El desciframiento de las tablillas del lineal B ha entregado un dato histórico insospechado anteriormente, la presencia de griegos en Creta poco después de promediar el segundo milenio a. C.; nos permite echar un vistazo sobre el estado de la lengua griega en una época anterior a la poesía homérica; la presencia de tablillas escritas en lineal B tanto en Creta como en Grecia es un índice fortísimo de la unidad del pueblo griego, unidad que ya en esa época era sentida profundamente.

No es lícito, sin embargo, aventurar reconstrucciones históricas; con mucho pesar de los arqueólogos, que suelen ser muy optimistas en ese sentido, porque lo que ahora poseemos son sólo —según parece— los apuntes provisionales para un archivo definitivo, que no ha llegado hasta nosotros y que seguramente nunca llegará.

No poseemos ningún texto, ningún documento; y la historia se hace con textos y documentos. Los hallazgos de la arqueología son preciosos, especialmente cuando coinciden con las fuentes, para iluminar sobre las condiciones socioeconómicas de la época aludida por las fuentes, pero no pueden reemplazar al documento escrito.

La arqueología permite llenar de trastos el escenario de la historia; pero, sin documentos escritos que hablen de los hechos del hombre, la escena sigue desierta y carente de acción. Esa es la razón, según mi entender, de que no haya habido hasta ahora ningún intento serio de elaboración histórica de los datos proporcionados por las tan comentadas tablillas cretenses.

